Reflexionó mirando el tulipan con el auxilio de su linterna sorda, que aun no estaba bastante adelantado para darle la certeza de que floreceria negro, aunque las apariencias ofreciesen todas las probabilidades.

Reflexionó que si no florecia negro, ó si florecia con una sola mancha cualquiera, habria cometido un robo inútil.

Reflexionó que se propalaria el rumor de ese robo, que sospecharian que era él el ladron por lo que habia pasado en el jardin, que harian pesquisas, y que, por bien que ocultase el tulipan, era posible hallarle.

Reflexionó que aun cuando ocultase el tulipan de manera que no se hallase, podria sucederle alguna desgracia en todos los trasportes que el tulipan tendria que sufrir.

Reflexionó en fin que, puesto que tenia una llave del cuarto de Rosa y podia entrar cuando quisiera, valia mas aguardar su florecencia, cogerle una hora antes que se abriese ó una hora después, y partir en el instante para Harlem donde el tulipan estaria delante de los jueces aun antes que se hubiese hecho ninguna reclamacion.

Entonces á aquel ó aquella que reclamase, Boxtel le acusaria del robo.

Era un plan bien concebido y digno en todo del que le concebia.

Así todas las noches, durante aquella dulce hora que los jóvenes pasaban aj postiguillo, Boxtel entraba en el cuarto de Rosa, no para violar el santuario de virginidad, sino para observar los progresos que hacia el tulipan en su florescencia.

La noche á que hemos llegado, iba á entrar como las otras, pero, como hemos visto, los jóvenes no habian hecho mas que cambiar algunas palabras, y Cornelio habia despedido á Rosa para velar sobre el tulipan.

Al ver á Rosa entrar en su cuarto diez minutos después de haber salido, Boxtel comprendió que el tulipan habia florecido ó iba á florecer.

De consiguiente iba á jugarse la grande partida en esta noche. Así Boxtel se presentó en la habitacion de Grifus con una provision de ginebra mitad mayor que de costumbre.

Es decir con una botella en cada bolsillo.

Borracho Grifus, Boxtel era cási dueño de la casa.

A las once, Grifus estaba borracho como una cuba. A las dos de la mañana, Boxtel vió á Rosa salir de su cuarto, pero visiblemente tenia en sus brazos un objeto que llevaba con precaucion.

Aquel objeto era sin duda el tulipan negro que acababa de florecer.

Pero ¿qué iba hacer de él?

¿Iba á partir con él en el mismo instante para Harlem?

No era posible que una jóven emprendiese sola y por la noche semejante

¿Iba solamente á enseñar el tulipan á Cornelio? Era posible.

Boxtel siguió á Rosa delcalzo y de puntillas.

La vió acercarse al postiguillo.

La ovó llamar á Cornelio.

A la luz de la linterna sorda, vió el tulipan abierto, y negro como las tinieblas en que él estaba oculto.

Vió los labios de los dos jóvenes tocarse, y luego oyó á Cornelio despedir

Vió á Rosa apagar la linterna sorda y tomar el camino de su cuarto.

La vió entrar en él.

Luego, al cabo de dos minutos, la vió salir de su cuarto y cerrar cuidadosamente la puerta con llave.

¿Por qué cerraba aquella puerta con tanto cuidado? Porque dejaba dentro el tulipan negro.

Boxtel, que veia todo eso oculto en el descanso del piso superior al cuarto de Rosa, bajó un escalon de su piso cuando Rosa bajaba otro del suyo.

De suerte que, cuando Rosa tocaba á la última grada de la escalera con su ligero pié, Boxtèl, con una mano mas ligera aun, tocaba á la cerradura del cuarto de Rosa.

Y en esa mano se hallaba la llave falsa que abria la puerta de Rosa con la misma facilidad que si fuese la llave verdadera.

Hé aquí por qué hemos dicho al principio de este capítulo que los pobres jóvenes necesitaban bien la proteccion directa del Señor.



# EN QUE EL TULIPAN NEGRO CAMBIA DE DUEÑO.

DE habia quedado Cornelio eu el sitio donde le habia dejado Rosa, buscando en si cási inútilmente fuerzas para soportar el peso de su felicidad.

Trascurrió media hora.

Ya entraban los primeros rayos del sol, azulados y frescos, por entre las barras de la ventana en la prision de Cornelio, cuando de súbito se estremeció al oir pasos que subian la escalera y gritos que se acercaban á él.

Cási en el mismo momento, su cara se halló enfrente de la cara pálida y descompuesta de Rosa, y retrocedió palideciendo de espanto á su vez.

17

- -¡Cornelio! ¡Cornelio! exclamó Rosa jadeando.
- -¿Qué hay, Dios mio? preguntó el preso.
- -¡Cornelio, el tulipan. . . .
- -¿Qué? ¿qué?
- -¿Cómo deciroslo?
- -Decid, decid, Rosa.
- -¡Nos le han cogido, nos le han robado!
- -¡Nos le han cogido! ¡nos le han robado! repitió Cornelio.
- -Sí, dijo Rosa apoyándose contra la puerta para no caeer. ¡Sí, nos le han robado! Y flaqueándole las piernas, cayó de rodillas.
- Pero ¿cómo ha sido eso? preguntó Cornelio.
- -;Oh! No ha sido por mi culpa, amigo mio.

¡Pobre Rosa! ya no osaba decir: Mi muy amado.

- -¡Le habeis dejado solo! dijo Cornelio con un acento lamentable.
- -Un solo instante para ir á avisar á nuestro mensajero que vive á cincuenta pasos de aquí, en la orilla del Wahal.
- -Y durante ese tiempo, á pesar de mis recomendaciones, habeis dejado la llave en la puerta, ¡desventurada!
- =¡No, no! Ved aquí lo que me pasa: no he separado de mí la llave, y la he tenido constantemente en la mano apretándola como si temiera que se me escapase.
  - -Pero entonces, ¿cómo ha sucedido eso?
- -¿Lo sé yo misma por ventura? Habia dado yo la carta á mi mensajero, este habia partido en mi presencia: vuelvo á mi cuarto, hallo la puerta cerrada, abro y encuentro todas las cosas en su lugar, menos el tulipan que habia desaparecido. Preciso es que alguno se haya proporcionado una llave de mi cuarto, ó haya mandado hacer una falsa.

Rosa no pudo proseguir, pues las lágrimas le cortaban la palabra.

Cornelio, inmóvil y con las facciones alteradas, escuchaba cási sin comprender, murmujeando solamente:

- -¡Robado ¡robado! ¡robado! estoy perdido.
- -¡Oh! M. Cornelio, ¡perdon, perdon! gritaba Rosa. ¡Me costará la vida! Al oir esta amenaza de Rosa, Cornelio agarró las rejas del postiguillo y apretándolas con furor, exclamó:
- -- Rosa, nos han robado, es verdad! pero ¿debemos dejarnos abatir por eso? No: la desgracia es grande, pero reparable quizás: nosotros conocemos al ladron.
- -¡Ay de mí! ¿cómo quereis que yo os diga positivamente? . . .
- -Pues yo. os lo digo; es ese infame Jacobo. ¿Le dejaremos llevar á Harlem el fruto de nuestros trabajos, el fruto de nuestras vigilias, el hijo de nuestro amor? Rosa, es preciso perseguirle y alcanzarle.

-Pero; amigo mio, ¿cómo hacer todo eso sin descubrir á mi padre que estábamos en inteligencia? ¿Cómo yo. una mujer tan poco libre y tan poco diestra, lograré este objeto que vos mismo no lo lograriais quizás?

-¡Rosa! ¡Rosa! abridme esta puerta, y vereis si yo logro. Vereis si descubro al ladron; vereis si le hago confesar su crímen é implorar perdon.

-¡Ah! ¿acaso puedo abriros? dijo Rosa sollozando. ¿Tengo yo las llaves? Si las tuviese, ¿no estariais ya libre hace largo tiempo?

-Las tiene vuestro padre, vuestro infame padre, el verdugo que me ha despachurrado ya la primera cebolleta de mi tulipan. ¡Miserable! ¡miserablet es cómplice de Jacobo!

-¡Hablad mas bajo, por Dios!

-¡Oh! Si no me abrís, Rosa, echo abajo esta reja y mato á cuantos se me opongan en la cárcelt exclamó Cornelio en el parasismo del furor.

-1Amigo mio, por piedad!

-Os digo, Rosa, que voy á demoler el calabozo piedra por piedra.

Y el infortunado agitaba la puerta con ambas manos cuya fuerza se dobla ba por la cólera, sin cuidarse de los ecos de su voz que iba á tronar en el fondo de la sonora espiral de la escalera.

Rosa espantada procuraba en vano calmar esa furiosa tempestad.

-¡Os digo que mataré al infame Grifus, vociferaba van Baerle. ¡Os digo que verteré su sangre, como él ha vertido la de mi tulipan negro!

El desventurado principiaba á volverse loco.

-Pues bien, sí, decia Rosa palpitante; sí, sí; pero calmaos. Sí, le cogeré las llaves, os abriré, sí; pero calmaos Cornelio mio.

No terminó, un aullido lanzado delante de ella interrumpió su frase.

-¡Mi padre! exclamó Rosa.

-¡Grifus! gritó van Baerle. ¡Malvado!!!!

En medio de todo ese ruido, el viejo Grifus habia subido sin que le pudieran oir, y cogiendo á su hija por la muñeca, le dijo con una voz ahogada por la cólera:

-IAh! ¡Con que me cogereis mis llaves! ¡Con que este infame. . . . este conspirador que merece ser colgado, es vuestro Cornelio! ¡Con que se tienen connivencias con los presos de Estado!!!! ¡Está bien!!!!

Rosa se golpeó las manos con desesperacion.

-10h! prosiguió Grifus, pasando del acento febril de la cólera á la fria ironía del vencedor; el señor inocente tulipanero; el señor dulce sabio; jaht Vos me matareis. . . . bebereis mi sangre. . . . ¡Muy bien! ¡nada mas que esot . . y de complicidad con mi hija! . . . ¡Jesús! ¡con que estoy en una cueva de bandidos.... en una caverna de ladrones!... ¡Ah! el señor gobernador lo sabrá todo esta mañana, y S. A. el estatuder lo sabrá todo mañana. Conocemos la ley: todo el que se rebela en la prision, artículo 6. Vamos á daros una segunda edicion del Brytenhoff, señor sabio, y será una excelente edicion. Sí, sí, rocos vuestros puños como un oso enjaulado, y vos, hermosa, comed con los ojos á vuestro Cornelio. Os advierto, corderitos, que no volvereis á tener esa facilidad de conspirar juntos. iHolat abajo, hija desnaturalizada. Y vos, señor sabio, hasta la vista, perded cuidado, hasta la vista.

Rosa, loca de terror y desesperacion, envió un beso á su amigo; luego, iluminada sin duda por una idea repentina, se lanzó en la escalera diciendo:

-1Aun no se ha perdido todol | 1Cuenta conmigo, Cornelio mio!

Su padre la siguió regañando y dando voces.

En cuanto al pobre tulipanero, soltó poco á poco las rejas que tenia agarradas con sus dedos convulsivos; púsose pesada su cabeza, sus ojos oscilaron en sus órbitas, y cayó pesadamente por el suelo, murmujeando:

-1Robado! me le han robado!

Durante ese tiempo, Boxtel que habia salido de la fortaleza por la puerta abierta por la misma Rosa, con el tulipan negro envuelto en una ancha capa, se habia metido en un calesin que le aguardaba en Gorcum y desaparecia sin haber advertido, como se supone, á su amigo Grifus de su precipitada marcha.

Y ahora que le hemos visto subir á sa calesin, le seguiremos hasta el término de su viaje, si el lector consiente en ello.

Marchaba despacito, pues no se hace impunemente correr la posta á un tulipan negro.

Pero Boxtel, temiendo no llegar bastante presto, mandó fabricar en Def una caja guarnecida alrededor de hermoso musgo fresco, en la que colocó su tulipan; la flor se hallaba allí tan blandamente guarnecida de todos lados, con el aire puro por arriba, que el calesin pudo tomar el galope sin perjuicio posible.

En la mañana del siguiente dia llegó á Harlem, molido pero triunfante; cambió el tiesto de su tulipan, á fin de que desapareciese todo vestigio de robo; rompió el tiesto de porcelana y arrojó sus cascos en un canal; escribió appresidente de la sociedad de horticultura una carta anunciándole que acababa de llegar á Harlem con un tulipan perfectamente negro; se hospedó en una buena fonda con su flor intacta, y aguardó.



### BV.

#### EL PRESIDENTE VAN SYSTEMS.

HABIA tomado Rosa su partido al dejar á Cornelio, y era el volverle el tulipan que acababa de robarle Jacobo, ó no volver á verle jamás.

Ella habia visto la desesperacion del pobre preso, desesperacion doble é incurable.

En efecto, por una parte, era una separacion inevitable habiendo sorprendido Grifus á un mismo tiempo el secreto de su amor y de sus citas; por otra parte era la destruccion de todas las esperanzas de ambicion de Cornelio van Baerle; esperanzas que alimentaba después de siete años.

Rosa era una de esas mujeres que se abaten por un nada, pero que llenas de fuerzas contra una desgracia suprema, hallan en la desgracia misma la energía que puede combatirla, ó el recurso que puede repararla.

Vuelta á su cuarto, la pobre jóven echó una última mirada para ver si acaso se habia equivocado, si el tulipan se hallaba en algun rincon que le hubiese hecho escapar á sus miradas. Pero Rosa buscó en vano, el tulipan estaba ausente, el tulipan habia sido robado.

Rosa hizo un pequeño paquete de la ropa que juzgó necesaria, tomó sus trescientos florines de sus ahorros, es decir, toda su fortuna, buscó entre sus encajes la tercera cebolleta, la guardó perfectamente en su pecho, cerró la puerta de su cuarto dando dos vueltas á la llave para retardar todo el tiempo necesario de abrirla en el momento que fuese conocida su fuga, bajó la escalera y salió de la prision por la puerta que una hora antes habia dado paso á Boxtel, fué á casa de un calesero y pidió que le alquilasen un calesin.

Pero el calesero no tenia mas que uno, y era justamente el que Boxtel le habia alquilado la víspera y con el cual corria por el camino de Delft.

Decimos por el camino de Delft, porque era preciso hacer un rodeo enorme para ir desde Loewestein á Harlem; pero á vuelo de pájaro la distancia no hubiera sido de la mitad, mas los pájaros solos son los que pueden viajar directamente en Holanda, país cortado por los rios, canales y arroyos.

De consiguiente, Rosa se vió abligada á tomar un caballo, que le fué confiado fácilmente porque el calesero conocia bien á Rosa por hija del alcaide de la fortaleza.

Rosa tenia la esperanza de encontrar á su mensajero, mozo bravo y honrado que le serviria á la vez de guia y defensor.

En efecto, apenas habia andado una legua, le alcanzó á ver marchando á

paso largo por un costado del precioso camino que bordaba el rio. Hizo, pues, trotar á su caballo y muy luego se reunió con él.

El honrado mozo ignoraba la importancia de su mensaje, y sin embargo caminaba tan aprisa como si le hubiese conocido, pues en menos de una hora habia andado ya legua y media.

Rosa le volvió á tomar el billete, inútil ya para el caso, y le expuso la necesidad que tenia de él. El mozo se puso á su disposicion prometiendo ir tan aprisa como en su caballo, con tal que Rosa le permitiese apoyar la mano sobre la grupa, y la jóven le permitió apoyarse donde quisiera con tal que no la retardase.

Cinco horas hacia que caminaban los dos viajeros y habian andado ya ocho leguas, cuando Grifus no presumia aun ni por asomo que su hija hubiese dejado la fortaleza.

Por otra parte, como el carcelero era malo en el fondo, se gozaba con el placer de haber inspirado un gran terror á su hija; pero mientras se felicitaba de tener que contar una historieta tan bella á su amigo Jacobo, Jacobo estaba tambien corriendo por el camino de Delft, y gracias á su calesin tenia ya cuatro leguas de adelanto sobre Rosa y su acompañante.

Solamente que mientras él se figuraba á Rosa temblando y afligida en su cuarto, Rosa ganaba terreno.

Excepto el preso, nadie estaba, pues, donde Grifus creia que cada uno se hallaba.

Rosa parecia tan poco en el cuarto de su padre desde que cuidaba el tulipan, que solo á la hora de comer, es decir á mediodía, fué cuando Grifus se apercibió de que Rosa seguia enojada mucho tiempo para la necesidad de su estómago.

Hizo que fuese á llamarla uno de sus llaveros, pero como este bajó á poco rato diciendo que la habia buscado y llamado por todas partes inútilmente, resolvió ir á buscarla y llamarla él mismo. Empezó por dirigirse á su cuarto, pero por mas que llamó y juró, Rosa no respondió; entonces hizo venir a cerrajero de la fortaleza para que abriese la puerta, pero Grifus no halló á Rosa, como Rosa no habia encontrado su tulipan.

¿Cómo le habia de encontrar si en aquel mismo momento acababa de entrar en Rotterdam?

Siguió sus requisas por la cocina, volvió á su cuarto, del cuarto al jardin y así anduvo colérico y fuera de sí sin el menor resultado.

Esto no fué cosa mayor: cuando se le llevó el mismisimo diablo, fué al averiguar en Loewestein, que su hija habia alquilado un caballo y tomado las de villadiego sin decir oste ni moste, en busca de aventuras, cual otra Bradamante, ó Clorinda.

La rabia era menester que se desahogara, y no siendo razonable pegarla

con las paredes, se acordó del pobre van Baerle, y subiendo á su calabozo, le injurió, le amenazó con las mazmorras, con las cadenas y con el hambre,

Cornelio, sin hacerle el menor caso, se dejó maltratar, amenazar é injuriar, permaneciendo inmóvil é insensible á toda emocion. Poco le importaban las calamidades que su buen carcelero le ofrecia, después de haber perdido la flor que embalsamaba el ambiente de su porvenir, y por la que anhelaba conservar su vida: le arredraba muy poco la idea de la muerte ni de los mayores tormentos.

Grifus, después de haberse desahogado algun tanto con el prisionero, después de haber vuelto á buscar á Rosa por todas partes, comenzó á preguntar por M. Jacobo, su buen amigo, para contarle el lance, pero tuvo el mismo resultado. Entonces comenzó á calcular si este le habria robado á su hija.

Entre tanto, esta descansó dos horas en Rotterdam, é hizo noche en Delft, y al dia siguiente llegaba á Harlem, cuatro horas después de Boxtel.

En seguida se dirigió á la casa del presidente de la sociedad de horticultura, M. van Systens, al cual encontró redactando un informe para el comité de la sociedad.

Hízose anunciar bajo el nombre sencillo de Rosa Grifus; pero este nombre, por mas sonoro que fuese, no habia llegado una sola vez á los oidos del presidente, y de consiguiente se le negó la entrada.

Rosa no desmayó por esto; se habia impuesto una mision, y jurado cumplirla á pesar de todos los obstáculos, humillaciones é injurias.

—Anunciad al señor presidente, dijo, que tengo que hablar acerca del tulipan negro.

Estas palabras mágicas fueron el pasaporte sin el cual jamás hubiera logrado echar la vista encima á M. van Systens. Gracias á esto, penetró hasta en el despacho del presidente, á quien encontró en la mitad del camino saludándola con la mayor galantería.

Perdónenos el lector si tenemos la extravagancia de comparar á M. van Systens con un tulipan. Era una figura pequeña, cuya cabeza formaba el caliz, sus dos brazos la doble hoja oblonga del tulipan, y un cierto movimiento que le era habitual, completaba su semejanza con esta flor, cuando se inclina al soplo del viento.

Hemos dicho que se llamaba Mr. van Systens.

-; Señorital exclamó, ¿venís acaso de parte del tulipan negro?

El tulipan negro era para el presidente de la sociedad de horticultura una potencia de primer órden que podia muy bien enviar embajadores como rey de los tulipanes.

- -Sí, señor, respondió Rosa; á lo menos vengo á hablaros respecto de él.
- -¿Cómo va? dijo van Systens con una sonrisa de tierna veneracion.
- -¡Ah! señor, lo ignoro, dijo Rosa.



-¡Cómo! ¡le habrá sucedido alguna desgracia!

-Y bastante considerable, pero no á él, sino á mí.

-¿Cuál?

-Me le han robado.

-¿Os han robado el tulipan negro?

-Si, señor.

-¿Sabeis quién?

Lo sé, pero todavía no me atrevo á acusar.

-Pues el delito puede averiguarse fácilmente.

-¿Cómo?

-El ladron probablemente no estará muy lejos.

-Y por dónde lo sabeis?

-Porque no hace dos horas que le he visto.

-¿Habeis visto el tulipan negro? exclamó Rosa fuera de sí.

-Lo mismo que os estoy viendo.

-Pero dónde?

-En la casa de vuestro amo.

-¿En casa de mi amo?

-Si; ¿no estais sirviendo á M. Isaac Boxtel?

-1Yo!

-Vos, sin duda.

-Pero ¿por quién me teneis, señor?

-Y vos ¿por quién me habeis tomado?

—Yo os tengo, señor, por quien sois indudablemente, por M. van Systens, burgomaestre de Harlem, y presidente de la sociedad de horticultura.

\_Y venís á decirme. . . .

-Y vengo á deciros, que me han robado mi tulipan.

—Vuestro tulipan es entonces el de M. Boxtel. No, hija mia, os explicareis mal: no es á vos, sino á Boxtel á quien se le han robado.

-Os repito que no sé quién es M. Boxtel, y que es la primera vez que oigo ese nombre.

-¿No sabeis quién es M. Boxtel, y teniais tambien un tulipan negro?

-¿Pero hay otro? preguntó Rosa estremeciéndose.

-El de M. Boxtel.

-¿Cómo es?

-Negro, pardiez.

- Sin mancha?

-Sin una sola mancha.

\_\_\_\_Y le teneis aqui?

-No, pero no tardará mucho porque yo debo hacer su exhibicion al comité antes de conceder el premio.

-Pero aquí está una jóven, replicó el príncipe, que dice haberle encontrado tambien.

Boxtel hizo un movimiento acompañado de una sonrisa desdeñosa, y Guillermo seguia con atencion todas sus impresiones.

-Segun eso, ¿no conoceis á esta jóven? preguntó el estatuder.

-No. monseñor.

-Y vos, jóven, ¿conoceis á M. Boxtel?

-No, yo no conozco á M. Boxtel, pero sí á M. Jacobo.

-¿Qué quereis decir?

—Quiero decir, que este que se nombra Boxtel, se hacia llamar en Loewestein, M. Jacobo.

-¿Qué decis á esto?

-Digo que esta jóven miente, señor.

-¿Negais haber estado en Loewestein?

Boxtel vaciló; la mirada escudriñadora y fija del príncipe Guillermo le impedia mentir.

-No puedo negar que he estado en Loewestein, pero niego haber robado el tulinan.

-¡Vos me le habeis robado, en mi mismo cuarto! exclamó Rosa indignada.

-¡Mentira!

Escuchad, ¿negais haberme seguido al jardin el dia en que iba á preparar el acirate para sembrarle? ¿Negais haberme seguido el dia en que hice demostracion de sembrarle? ¿Negais tambien haberos dirigido cuando me retiré, al sitio en que creais hallar enterrada la cebolleta, y haber removido la tierra, aunque por fortuna inútilmente, porque no era mas que una astucia empleada para conocer vuestras intenciones? Decid, ¿negais todo esto?

Pero el interpelado no juzgó conveniente responder á aquellas diversas preguntas, y dejando la polémica entablada con Rosa, volviéndose hácia el príncipe:

—Veinte años ha, monseñor, dijo, que cultivo los tulipanes en Dordrecht, en cuyo arte he adquirido una buena reputacion; he añadido al catálogo un nombre ilustre, y he creado un tulipan que dediqué al rey de Portugal. Oid pues, la verdad. Esta jóven sabía que yo había encontrado el tulipan negro, y de concierto con un amante que tiene en la fortaleza de Loewestein, ha formado el proyecto de arruinarme apropiándose el tulipan y adquiriendo en su consecuencia el premio de cien mil florines que me pertenecen, como espero, confiado en vuestra justicia.

-¡Oh! exclamó Rosa ciega de cólera.

-¡Silencio! dijo el principe. Danxilal orna Royalest non ser les les mest con

Después volviéndose hácia Boxtel:

-¿Quién es, dijo, ese preso que decís amante de esta jóven?

Rosa estuvo á punto de desmayarse, porque sabia que Cornelio era en concepto de Guillermo un gran criminal.

Nada podia ser á su contrario mas agradable que semejante pregunta.

-¿Quién es ese preso? repitió.

-Si.

. Seguo esp. cao conoccis a esta joven? pregnato el estatudor. -Ese preso, monseñor, es un hombre cuyo apellido probará demasiado á V. A. la fe que se puede tener en su probidad. Ese preso es un criminal de Estado, condenado una vez á muerte.

-¿Que se llama?

Rosa ocultó el rostro con sus manos con un movimiento deses perado.

-Que se llama Cornelio van Baerle, dijo Boxtel, ahijado de aquel malvado -One decis a esto? Cornelio de Witt.

El príncipe se estremeció. Sus ojos se inflamaron, y un frio mortal corrió de nuevo por sus venas.

Luego se acercó á Rosa y le mandó que alzase la cabeza.

Rosa obedeció como lo hubiera hecho una mujer sujeta á un poder mag-- No puedo negar que he estado en Loewcatcin, pero niego llaber r.coitèn

-¿Conque sué á fin de seguir á ese hombre, la solicitud que me hicisteis en Leyde para trasladar á vuestro padre? in im no cobador siedad et am sov

Rosa bajó la cabeza rendida al peso de su dolor, y murmujeó:

-Si, monseñor, na sib la nibrai la obirrat amadad siegon, badanost-

Proseguid, dijo el príncipe á Boxtel.

-Nada tengo que decir, continuó aquel; V. A. lo sabe todo. Pero sin embargo, oireis lo que habia querido callar por no avergonzar á esta jóven por su ingratitud. Yo habia ido á Loewestein á causa de llamarme allí mis asuntos particulares, hice conocimiento con el viejo Grifus, me enamoré de su hija, pedí su mano, y como no era rico, cometí la imprudencia de confiarle la esperanza que me animaba en vista del buen resultado de mis trabajos, de conseguir el premio de los cien mil florines, para cuya justificacion le mostré el tulipan negro. Entonces, como su amante, para ocultar sus inicuas tramas afectaba cultivar tulipanes en Dordrecht, han armado un compló para perderme. Issuered of yer to suptish sup-

El dia antes en que el tulipan floreciera, me le robó esta jóven en mi casa, y se le llevó á su cuarto, de donde he tenido la fortuna de cogerle en el momento mismo en que tenia la audacia de enviar un mensajero, para anunciar á los señores miembros de la sociedad de horticultura, que acababa de encontrar el gran tulipan negro; pero no ha desmayado por esto. Sin duda mientras le ha tenido en su cuarto, le habrá enseñado á algunas personas á quienes llamará tal vez por testigos; pero felizmente, monseñor, os creo prevenido contra semejantes supercherías.

-¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! ¡infame! prorumpió Rosa anegada en lágrimas

y arrojándose á los piés del estatuder, quien tomó su horrible angustia como remordimiento de su culpabilidad.

-Mal habeis obrado, pobre jóven, dijo, y vuestro amante será castigado por sus abominables consejos, porque sois tan jóven y os creo tan honrada, que me inclino á juzgar que no teneis la culpa and ca le aliante ad ben You

-¡Monseñor! ¡monseñor! exclamó Rosa, Cornelio no es culpable. Guillermo hizo un movimento.

-No es culpable por haberos aconsejado, quereis decir, ¿no es esto?

Quiero decir, que tan inocente es del segundo crimen que se le imputa;

-IDel primerot ¿y sabeis cuál ha sido su primer crímen? ¿Ignorais que ha sido acusado y convicto de haber tenido complicidad con M. Cornelio de Witt, en el hecho de guardar en su casa la correspondencia del gran pensionario con el marqués de Louvois?

-Y bien, monseñor, yo os aseguro que ignoraba completamente lo que se habia encomendado á título de depósito; creedme, monseñor, porque de lo contrario, me lo hubiera manifestado: su corazon es leal, y aunque debiera atraerme la desgracia de V. A., lo repito, monseñor, Cornelio no es culpable. I substitute and of the states force organis to be a trop office apparent

T -¡Un de Wittt exclamó el presidente; pero monseñor le conoce muy bien, pues que ya le ha perdonado la vida una vez.

-¡Silenciol dijo el príncipe. Ya he dicho que todas esas cosas de Estado no pertenecen á la sociedad de horticultura.

Y frunciendo las cejas se volvió hácia Boxtel diciendo:

-En cuanto al tulipan, M. Boxtel, no tengais cuidado, pues se hará jusat relative examinate to debelieful wimes our por to one preside Res.ciators

Boxtel lleno de alegría hizo un saludo y recibió del presidente la enhora-De repente, los ofos de la fóven beillaron de alegelas levó y relegionand de

-Por lo que respecta á vos, jóven, continuó Guillermo de Orange, habeis tenido parte en la perpetracion de un crimen; pero no os castigaré, el verdadero culpable pagará por los dos. Un hombre que lleva ese apellido puede conspirar, vendernos. ... pero robar, nunca. Ilia ) elevel bear action A

-¡Robar! exclamó Rosa, trobar Cornelio! ¡Oh! monseñor, cuidado con esas palabras, que causarian su muerte mas pronto que el hacha del verd cometido. It must be and a selection to content on the selection of the se

-Probadlo, dijo Boxtel friamente.

Si, lo probaré con la ayuda de Dios, dijo Rosa cor Después encarándose con Boxtel.

-¿Era vuestro el tulipan? preguntó. -Si h alrerim ate standard at the registrates quetante sin mirrate. 4 12-

-¿Cuantos cebollinos tenia?

Boxtel vaciló un instante, pero comprendió que si no hubiera tenido mas que dos, no le hubiera hecho la jóven aquella pregunta.

-Tres, dijo con cierto aire que indicaba la seguridad del triunfo.

-¿Y qué ha sido de ellos? preguntó Rosa.

بروسو ha sido de ellos? . . . El uno se malogró, el otro ha dado el tuli-

-XY el tercero?

-¿El tercero?

-Si, ¿dónde está?

-Le tengo en mi casa, dijo Boxtel turbado.

-¿En vuestra cosa? ¿en cuál, en la de Loewestein ó en la de Dordrecht?

-En la de Dordrecht.

—¡Mentís! exclamó Rosa. Monseñor, añadió volviéndose hácia el príncipe, vais á oír la verdadera historia de esos tres cebollinos. El primero le ha destrozado mi padre en el cuarto de Cornelio, como lo sabe demasiado este hombre, que pensaba apoderarse de él. El segundo le he plantado y cultivado, y ha dado el tulipan negro. El tercero... la jóven le sacó de su pecho, el tercero, vedle aquí en el mismo papel donde estababan guardados los otros dos, cuando me los dió van Baerle momentos antes de subir al cadalso. Tomad, monseñor.

Y Rosa, desliando el papel, sacó el cebollino y se le dió al príncipe, el cua promenzó á examinarle.

—Pero, monseñor, esta jóven ¿no puede habérmele robado, como me robó el tulipan? dijo Boxtel con voz balbuciente, é inquieto por la atencion con que el príncipe examinaba la cebolleta, y mas aun por la que prestaba Rosa á unas líneas trazadas sobre el papel que aun tenia en sus manos.

De repente, los ojos de la jóven brillaron de alegría; leyó y releyó agitada aquel papel misterioso, y lanzando un grito, y dando el papel al príncipe.

-¡Oh! ¡leed, monseñor, dijo, leed en nombre del cielo!

Guillermo entregó el tercer cebollino al presidente, tomó el papel y leyó.

Apenas pasó la vista Guillermo por aquella hoja, se apoderó de sus manos un temblor que no parecia sino que iba á escapársele el papel; su rostro tomó cierta espresion de dolor y de piedad que hizo estremecer á Boxtel.

La hoja que acababa Rosa de entregarle, era la primera de la Biblia de Cornelio de Witt, que Craeke, el criado de su hermano Juan, habia enviado á Dordrecht para que Cornelio quemase la correspondencia del gran pensionario con M. de Lowois.

El lector recordará que aquella carta estaba concebida en estos términos:
« Ouerido ahijado:

« Quema el depósito que te he confiado, quémale sin mirarle, á fin de que

« á tí mismo te sea desconocido, los secretos de este género matan á los de-« positarios. Adios y no me olvides.—Cornelio de Witt.

« 20 de Agosto de 1672. »

Aquella hoja era á la vez la prueba de la inocencia de van Baerle y el título que acreditaba la propiedad de las cebolletas del tulipan.

Rosa y el estatuder cambiaron una mirada.

El príncipe limpió una gota de sudor que acababa de correr por su mejilla. Dobló con calma el papel y dejó bien comprender que su pensamiento y su mirada se sumergian en ese abismo sin fondo llamado el arrepentimiento.

Pero levantando repentinamente la cabeza:

-Marchad, señor Boxtel, dijo, ya os he prometido que se administrará justicia.

-Vos, mi querido señor van Systens, añadió, cuidad de esta jóven y del tulipan. A dios.

Todos se inclinaron, y el príncipe salió entre el inmenso ruido de las acla-

Boxtel volvió bastante inquieto á la posada del Cisne Blanco. Aquel papel que Rosa habia entregado á Guillermo, que le habia leido con tanta atencion y que con el mayor cuidado habia guardado en su bolsillo, le tenia desasosegado.

Rosa se acercó al tulipan, besó respetuosamente las hojas, y se entregó en manos de la Providencia murmujeando:

—¡Dios mioi ¿sabiais con qué fin me habia enseñado á leer Cornelio?

Sí, Dios lo sabia, porque á su cargo está la recompensa y castigo de los hombres segun sus méritos.



# DEE.

## LA CANCION DE LAS FLORES.

MIENTRAS que pasaban los acontecimientos que acabamos de contar, el desventurado van Baerle, solitario en la fortaleza de Loewestein, sufria de parte de Grifus todas las vejaciones que un pobre preso puede esperar de un carcelero que ha tomado la resolucion de convertirse en verdugo.

No recibiendo Grifus noticia alguna de Rosa ni de Jacobo, persuadióse de que todo aquello era obra de Satanás, y que el doctor Cornelio van Baerle era su comisionado y representante en la tierra.